

CUENTO N° 123

TITULO: FIN DE FIESTA EN EL TRANQUE

SEUDÓNIMO: POLILLA

AUTORA: ELENA MARÍA EGUIGUREN RUDOLPHY

FIN DE FIESTA EN EL TRANQUE

“¡Auristela, Auristela, ¿Qué no me oyes m´hija?”

“Ay, señora, que estaba terminando de revolver el membrillo antes que lleguen los niños y se acerquen a la olla”.

“Bueno, bueno, pero apúrate porque ya vienen los coches a buscarnos y me tienes que traer la sombrilla.”

A lo lejos, la flauta del Padre Hilario encabeza la procesión de chiquillos.

Es el último día de las Misiones y la única oportunidad, hasta el año próximo, para que se arreglen las parejas, dejen de vivir en el pecado e inscriban a los niños para la Primera Comunión.

Clash, clash, suenan las polleras de la Mimí, que afanada, va revisando los canastos que se llevarán al picnic del tranque. Ya partieron José, Eulogio y Casimiro, con las barras de hielo para las bebidas, las mesas, sillas, manteles, cubiertos, copas, vasos y también los chales, por si se levanta el viento. El vino tinto se fue a dejar anoche, para que esté chambreadito. Los hijos de Casimiro tuvieron que madrugar para preparar el asado al palo y colocar los toldos de ramas de sauce que nos defenderá del sol.

Para nosotros éste es el día más entretenido de las vacaciones porque están todos tan ocupados que nadie se fija por dónde andamos. Hasta podemos mojarnos los

piés en el canal y embarrarnos, sin que nos reten. Aprovechamos también de meternos en la Capilla y probar un poco del vinito dulce con el que hacen la Misa. ¡Es tan rico! El Padre Hilario se hace un poco el leso, pero sabe perfectamente que anduvimos por ahí.

Lo que nos gustaría sería quitarle las llaves de la despensa a la Florentina, pero ella no se descuida ni un minuto. Esa despensa es un lugar mágico, con quesos, dulces de higos, manjar blanco, charqui. Todo hecho en el patio de atrás, pero inalcanzable. Bueno, a lo mejor tendremos otra oportunidad, al anochecer, cuando la “tía Fortunata” nos venga a contar cuentos de aparecidos. Nos da mucha pena esta viejita porque vive sola, en una casita con piso de tierra y es muy arrugadita. Hemos decidido juntar todas nuestras mesadas y dárselas a ella para que se compre un auto. También le hemos pedido al Padre Hilario que le dedique unas misas, a ver si se le quita la debilidad de las piernas.

Ya nos empezaron a llamar porque el último coche está por partir. Nadie se quiere ir en el Ford A del tío Eduardo porque hay que darle cuerda con la manivela.

Nos gustaría que el picnic se hiciera sentados en el suelo, pero pensamos que a las tías les costaría mucho volver a levantarse. Esa debe ser la razón para trasladar a la orilla del tranque la mesa de comedor (o una que se parece), con los manteles largos y los mozos de guante blanco. Tampoco nos dejan comer con la mano y tenemos que quedarnos sentados durante toda la llamada “sobremesa”, mientras los grandes hablan de las cosechas, de cuántas arrobas de vino quedarán para La Casa y de cuánto tabaco se venderá este año.

No vemos la razón para hacer este asado en el tranque. No hay ningún árbol, hace mucho calor y llegan todas las moscas del lugar, que insisten en pararse en nuestros platos a pesar de los esfuerzos que hacen los hijos de Eulogio, el capataz, para espantarlas.

Lo mejor de la tarde es cuando empiezan los primeros sonos de la guitarra de Juancho, el hijo mayor de la Florentina, que está estudiando en San Francisco de Mostazal y tiene clases de música.

A mí se me van los pies por bailar, pero me da vergüenza porque no tengo idea de cómo son los pasos de la cueca. Además, Juancho es muy simpático y se le hacen 2 hoyitos en la cara cuando se ríe. Mi mamá me dice que vaya no más y que si quiero bailar, debo hacerlo al comienzo de la fiesta, porque después se les va a todos el vino a la cabeza.

Ese día sucedió algo inusual. No habíamos comenzado los postres cuando de repente, todos los grandes se pararon de la mesa y se pusieron a cantar:

“Corazones Partidos, yo no los quiero.

Yo cuando doy el mío lo doy entero,

Huifa ay ay ay”.

Ya no se sentaron más y con la ropa que llevaban puesta, sin sacarse los zapatos y sin dejar de cantar, se fueron metiendo todos al agua del tranque.

Sin entender lo que pasaba, me fijé que el Juancho me guiñaba un ojo, señalándome el tonel de vino. ¡Lo habían mezclado con otro licor!